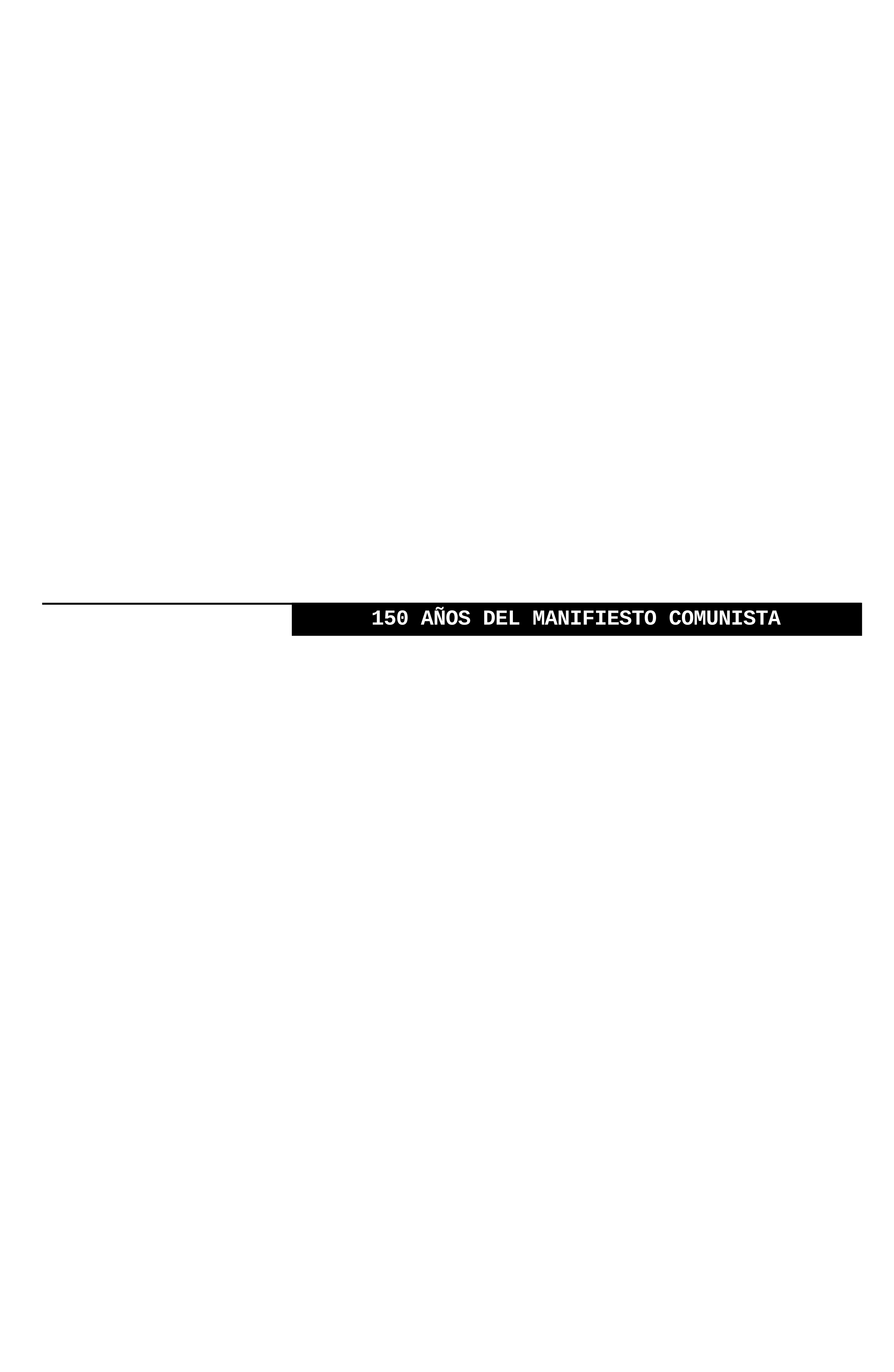

Le Peuple
l'Humanité
EL SOCIALISTA
HET VOLK
Social-Demokraten.
Social-Demokraten
New Yorker Volkszeitung
Vorwärts
PRAVO LIDU
LA VANGUARDIA
Social-Demokraten.
VOORUIT


150 AÑOS DEL MANIFIESTO COMUNISTA

Introducción al Manifiesto Comunista

Eric. J. Hobsbawm, 1997

En la primavera de 1847, Karl Marx y Friedrich Engels decidieron afiliarse a la denominada Liga de los Justos (Bund der Gerechten), una rama de la más antigua Liga de los Proscritos (Bund der Geächteten), una sociedad secreta revolucionaria que habían creado en París obreros alemanes en su mayoría sastres y ebanistas, bajo la influencia revolucionaria francesa y compuesta principalmente por ese tipo de artesanos radicales expatriados. La Liga, convencida por su "comunismo crítico", se brindó a publicar un Manifiesto redactado por Marx y Engels como documento político suyo y también a modernizar su organización de acuerdo con las propuestas que ellos hiciesen. Efectivamente, se reorganizó en el verano de 1847, se rebautizó Liga de los Comunistas (Bund der Kommunisten) y se declaró a favor del "derrocamiento de la burguesía, del gobierno del proletariado, del fin de la vieja sociedad basada en las contradicciones de clase (Klassengegensätzen) y del establecimiento de una nueva sociedad sin clases ni propiedad privada". Un segundo congreso de la Liga, que también tuvo lugar en Londres en noviembre-diciembre de 1847, aceptó formalmente esos objetivos y los nuevos estatutos e invitó a Marx y Engels a redactar el nuevo Manifiesto que expusiese las finalidades y la política de la Liga.

Aunque Marx y Engels prepararon borradores y el documento representa claramente la visión común de ambos, Marx escribió casi con seguridad el texto final después de una enérgica advertencia de la Ejecutiva, pues a Marx, tanto entonces como más tarde, le costaba completar sus textos a menos que fuera bajo la firme presión de una fecha límite. La práctica ausencia de versiones preliminares podría sugerir que fue escrito con rapidez.[1] El documento de 23 páginas resultante, titulado Manifiesto del Partido Comunista (conocido en general desde1872 como el Manifiesto Comunista), se "publicó en febrero de 1848", impreso en la sede de la Workers Educational Association (más conocida como Kommunistischer Arbeiterbildungsverein, que sobrevivió hasta 1914) situada en el nº 46 de la calle Liverpool, de Londres.

En 1998 conmemoramos el 150 aniversario de la publicación de este breve panfleto que, a buen seguro, es con mucho la pieza de literatura política más influyente desde la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano de la Francia revolucionaria. Por fortuna salió a la calle sólo una semana o dos antes del estallido de las revoluciones de 1848, que se extendieron como un incendio forestal desde París a todo el continente europeo. Aunque su horizonte era claramente internacional con optimismo, pero errando, la primera edición anunciaba la inminente traducción del Manifiesto al inglés, francés, italiano, flamenco y danés, su impacto inicial tuvo lugar exclusivamente en Alemania. A pesar de lo pequeña que era, la Liga Comunista desempeñó un papel significativo en la revolución alemana, sobre todo por medio del periódico Neue Rheinische Zeitung (1848-1849), que Marx editaba. En pocos meses se reimprimió tres veces la primera edición del Manifiesto, se publicó por entregas en el Deutsche Londoner Zeitung, se reescribió y corrigió en abril o mayo de 1848, en treinta páginas, pero se esfumó con el fracaso de las revoluciones de 1848. Cuando Marx se estable-

ció en Inglaterra en 1849, en un exilio que duraría toda la vida, debían existir tan pocos ejemplares que Marx pensó que valía la pena reimprimir la sección III del Manifiesto ("Sozialistische und kommunitische Literatur") en el último número de su revista en Londres, Neue Rheinische Zeitung, politischökonomische Revue (noviembre de 1850), que apenas tenía lectores.

Nadie hubiera predicho un futuro brillante para el Manifiesto en la década de 1850 y primeros años de la de 1860. En Londres, un impresor alemán emigrado publicó por su cuenta una corta nueva edición, probablemente en 1864 y otra pequeña edición vio la luz en Berlín en 1866, la primera que realmente se publicó en Alemania. No parece que entre 1848 y 1868 hubiese traducciones, aparte de una versión sueca publicada probablemente a finales de 1848 y una inglesa en 1850, que es significativa en la historia bibliográfica del Manifiesto sólo porque al parecer la traductora consultó a Marx, o (puesto que ella vivía en Lancashire) más probablemente a Engels. Ambas versiones desaparecieron sin dejar huella. Hacia mediados de la década de 1860 casi nada de lo que Marx había escrito en el pasado estaba ya en el mercado.

El destacado papel de Marx en la Asociación Internacional de Trabajadores (la denominada "Primera Internacional", 1864-1872) y el surgimiento en Alemania de dos importantes partidos de clase obrera, ambos fundados por antiguos miembros de la Liga Comunista que le tenían en gran estima, llevaron a una renovación del interés por el Manifiesto y por sus otros escritos. En particular, su defensa elocuente de la Comuna de París de 1871 (que se conoce comúnmente como La guerra civil en Francia) le proporcionó una considerable notoriedad en la prensa como un peligroso líder de la subversión internacional temido por los gobiernos. Más concretamente, el juicio por traición de los líderes socialdemócratas alemanes, Wilhelm Liebknecht, August Bebel y Adolf Hepner en marzo de 1872, le dio una inesperada publicidad al documento. La acusación leyó el texto del Manifiesto en la sesión del tribunal y así les dio la primera oportunidad a los socialdemócratas de publicarlo de forma legal y con una larga tirada, como parte de los procedimientos del juicio. Puesto que parecía claro que un documento publicado antes de la revolución de 1848 necesitaría algún comentario explicativo y una cierta puesta al día, Marx y Engels escribieron el primero de una serie de prefacios que desde entonces han acompañado habitualmente las nuevas ediciones del Manifiesto[2]. Por motivos legales, el prefacio no se pudo distribuir ampliamente en aquel momento, pero de hecho la edición de 1872 (basada en la edición de 1866) se convirtió en la base de todas las ediciones subsiguientes. Mientras tanto, entre 1871 y 1873, aparecieron al menos nueve ediciones del Manifiesto en seis idiomas.

En los cuarenta años siguientes, el Manifiesto conquistó el mundo impulsado por el ascenso de los nuevos partidos obreristas (socialistas), en los que la influencia marxista aumentó con rapidez en la década de 1880. Ninguno de estos partidos optó por darse a conocer como Partido Comunista hasta que los bolcheviques rusos volvieron al nombre original después de la Revolución de Octubre, pero el título Manifiesto del Partido Comunista permaneció inalterado. Incluso antes de la Revolución rusa de 1917 se había publicado en varios cientos de ediciones en unos treinta idiomas, incluyendo tres ediciones en japonés y una en chino. No obstante, su principal zona de influencia se hallaba en la franja central de Europa que se extendía desde Francia al oeste, hasta Rusia, en el este. No es sorprendente que el mayor número de ediciones se hiciera en ruso (70), más 35 ediciones en las lenguas del imperio zarista: 11 en polaco, 7 en yiddish, 6 en finés, 5 en ucraniano, 4 en georgiano, 2 en armenio. Había 55 ediciones en alemán, más, para el imperio de los Habsburgo, otras 9 en húngaro y 8 en checo (pero sólo 3 en croata, 1 en eslovaco y 1 en esloveno), 34 en inglés (abarcando también los Estados Unidos, donde la primera traduc-

ción apareció en 1871), 26 en francés y 11 en italiano (la primera en esta lengua no se hizo hasta 1889).[3] Su impacto en la Europa del suroeste fue pequeño: 6 ediciones en español* (incluyendo las latinoamericanas) y una en portugués. El mismo impacto tuvo en la Europa del sureste (7 ediciones en búlgaro, 4 en serbio, 4 en rumano y una sola edición en ladino, presumiblemente publicada en Salónica). Europa del norte estuvo moderadamente bien representada con 6 ediciones en danés, 5 en sueco y 2 en noruego[4].

Esta distribución geográfica desigual reflejaba no sólo el desarrollo desigual del movimiento socialista, y de la misma influencia de Marx, como movimiento diferenciado de otras ideologías revolucionarias como el anarquismo. También debería recordarnos que no se daba una correlación estrecha entre el tamaño y el poder de los partidos socialdemócratas y obreristas y la circulación del Manifiesto. Por ejemplo, hasta 1905 el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), con sus cientos de miles de afiliados y sus millones de votantes, publicó nuevas ediciones del Manifiesto en tiradas que no sobrepasaban los 2.000 o 3.000 ejemplares. Del Programa de Erfurt de 1891, el partido hizo una tirada de 120.000 ejemplares, mientras que no parece que se publicaran más de 16.000 copias del Manifiesto en los once años que van desde 1895 a 1905, año en el que la circulación de su periódico teórico, Die Neue Zeit, era de 6.400 ejemplares[5]. No era de esperar que el afiliado medio de un partido socialdemócrata marxista de masas superara un examen de teoría. Por el contrario, las setenta ediciones de la Rusia prerrevolucionaria representaban una combinación de organizaciones, ilegales la mayor parte del tiempo, cuya afiliación total no debió ser superior a unos pocos miles. De modo parecido, las 34 ediciones inglesas fueron publicadas por y para unas cuantas sectas marxistas del mundo anglosajón que operaban en el margen izquierdo de los partidos socialistas y obreristas que existían. Este era el medio en que "la perspicacia de un camarada se podía calibrar invariablemente por el número de anotaciones personales en su Manifiesto"[6]. En definitiva, los lectores del Manifiesto, aunque formaban parte de los nuevos partidos y movimientos socialistas y de trabajadores en alza, a buen seguro no eran una muestra representativa de su afiliación. Eran hombres y mujeres con un interés especial en la teoría que subyace en esos movimientos. Probablemente todavía sea este el caso.

Esta situación cambió después de la Revolución de Octubre, en todo caso en los partidos comunistas. A diferencia de los partidos de masas de la Segunda Internacional (1889-1914), los de la Tercera (1919-1943) esperaban que todos sus miembros comprendiesen la teoría marxista, o al menos mostraran cierto conocimiento de ella. La dicotomía entre los líderes políticos reales, que no estaban interesados en escribir libros, y los "teóricos" tipo Karl Kautsky, conocidos y respetados como tales pero no como activistas políticos prácticos, se desvaneció. Siguiendo el modelo de Lenin, se suponía que todos los dirigentes eran importantes teóricos, puesto que todas las decisiones políticas se justificaban con el fundamento del análisis marxista, o, más probablemente, haciendo referencia a la autoridad textual de "los clásicos", Marx, Engels, Lenin y en su momento Stalin. La publicación y la difusión popular de los textos de Marx y Engels se convirtió, por consiguiente, en algo mucho más importante para el movimiento de lo que había sido en los días de la Segunda Internacional. Abarcaba desde series de escritos menores, probablemente encabezados por el Elementarbücher des Kommunismus alemán, durante la República de Weimar y compilaciones de lecturas adecuadamente seleccionadas, como la inestimable Correspondencia seleccionada de Marx y Engels, hasta las Obras selectas de Marx y Engels, primero en dos y luego en tres volúmenes y la preparación de sus Obras completas (Gesamtausgabe); todas ellas respaldadas por los ilimitados recursos-para estos propósitos–del Partido Comunista Soviético, y a menudo editados en la misma Unión Soviética

en mulitud de idiomas extranjeros. El Manifiesto comunista se benefició de esta nueva situación por tres vías. Aumentó sin duda su circulación. La edición económica que publicaron en 1932 las editoriales oficiales de los partidos comunistas norteamericano y británico, de "cientos de miles" de ejemplares, se ha descrito como "probablemente la edición más masiva que jamás se haya publicado en inglés"⁷. Su título no fue ya una supervivencia histórica, ahora se vinculaba directamente a la política del momento. Puesto que ahora un estado importante se reclamaba de la ideología marxista, la posición del Manifiesto como texto de ciencia política se reforzó y por consiguiente entró a formar parte del programa docente de las universidades, donde su destino fue una rápida expansión después de la segunda guerra mundial y donde el marxismo de los lectores intelectuales iba a encontrar su público más entusiasta en las décadas de 1960 y 1970.

La URSS salió de la segunda guerra mundial convertida en una de las dos superpotencias mundiales, encabezando una vasta región de estados y satélites comunistas. Los partidos comunistas occidentales (con la notable excepción del alemán) emergieron de ella más fuertes de lo que nunca habían sido ni iban probablemente a ser. En el año de su centenario, aunque se había iniciado la guerra fría, el Manifiesto ya no fue publicado exclusivamente por comunistas u otros editores marxistas, sino en grandes ediciones de editoriales no políticas con introducciones de académicos destacados. Es decir, no fue ya sólo un documento marxista clásico, sino que se había convertido en un clásico político tout court.

Sigue siéndolo incluso después del final del comunismo soviético y el declive de los partidos y movimientos marxistas en muchas zonas del mundo. En los estados donde no hay censura, es casi seguro que cualquiera que tenga al alcance una buena librería y con seguridad si tiene una buena biblioteca a mano, puede tener acceso a él. Por lo tanto, el objetivo de una nueva edición en su 150 aniversario no es hacer accesible el texto de esta sorprendente obra maestra y mucho menos, volver a revisar un siglo de debates doctrinales acerca de la interpretación "correcta" de este documento fundamental del marxismo. El objetivo es recordarnos que el Manifiesto tiene todavía mucho que decir al mundo en vísperas del siglo XXI.

II ¿QUE TIENE QUE DECIR?

Es, obviamente, un documento escrito para un momento concreto de la historia. Parte de él envejeció casi inmediatamente. Por ejemplo, las tácticas que se recomendaban a los comunistas alemanes, que no fueron las que de hecho aplicaron durante la revolución de 1848 y sus secuelas. Una parte mayor de él se fue haciendo obsoleta, a medida que aumentaba el tiempo de separación entre los lectores y la fecha de su escritura. Hace mucho tiempo que Guizot y Metternich se pasaron de la dirección de los gobiernos a los libros de historia; el zar (aunque no es el caso del papa) ya no existe. Y por lo que se refiere a la discusión de la "literatura socialista y comunista", los mismos Marx y Engels admitieron en 1872 que incluso entonces estaba anticuada.

Todavía más: con el tiempo, el lenguaje del Manifiesto no es ya el de sus lectores. Por ejemplo, se ha dado mucha importancia a la frase en la que se dice que el avance de una sociedad burguesa había sustraído "a una considerable parte de la población al idiotismo de la vida rural". Pero aunque no hay duda de que Marx en aquel momento compartía el habitual desprecio, a la vez que la ignorancia, de los hombres de ciudad con respecto al medio campesino, la frase alemana real y más interesante desde el punto de vista analítico ("dem Idiotismus des Landlebens entrissen"), no se refería a la "estupidez", sino a la "estrechez de miras" o al "aislamiento de la sociedad más amplia" en el que vivía la población del campo. Se hacía eco del significado original del término griego idiotes, del que se deriva el sentido habitual de "idiota" o "idiotez", a saber, "persona que sólo se preocupa de sus intereses priva-

dos y no de los de la comunidad más amplia". Desde los años cuarenta del pasado siglo, a lo largo de las décadas y en movimientos cuyos miembros, a diferencia de Marx, no habían recibido una educación clásica, el sentido original se evaporó y se malinterpretó. Esto es todavía más evidente en su vocabulario político. Términos como Stand ("condición social"), Demokratie ("democracia") o "Nación / nacional" o bien tienen poca aplicación a la política de finales del siglo XX o bien ya no tienen el significado que tenían en el discurso político o filosófico de la década de 1840. Para poner un ejemplo obvio, el "Partido Comunista" cuyo manifiesto reclama ser nuestro texto no tenía nada que ver con los partidos de la política democrática moderna o los "partidos de vanguardia" del comunismo leninista y no digamos con los partidos de estado de tipo soviético y chino. Ninguno de ellos existía todavía. "Partido" significaba todavía esencialmente una tendencia o corriente de opinión o política, aunque Marx y Engels reconocían que, una vez encontrara expresión en los movimientos de clase, desarrollaría cierto tipo de organización ("diese Organisation der Proletarier zur Klasse, und damit zur politischen Partei"). De ahí la distinción, en la sección IV, entre los "partidos obreros ya constituidos ... los carlistas en Inglaterra y los reformistas agrarios en Norteamérica "y los demás, todavía no constituidos[8]. Como dejaba claro el texto, el Partido Comunista de Marx y Engels no constituía ninguna organización en aquel momento, ni pretendía establecerla, mucho menos una organización con un programa específico diferente de otras organizaciones[9]. Por cierto, el grupo real en nombre del cual se escribió el Manifiesto, la Liga comunista, no se menciona en ningún lugar. Además, está claro que el Manifiesto no sólo fue escrito en y para una situación histórica particular, sino que representaba una fase una fase relativamente inmadura del desarrollo del pensamiento marxiano. Esto se hace muy patente en sus aspectos económicos. Aunque Marx había empezado a estudiar economía política desde 1843, no se puso a desarrollar seriamente el análisis económico expuesto en El capital hasta que llegó a su exilio en Inglaterra después de la revolución de 1848 y accedió a los tesoros de la Biblioteca del Museo Británico en el verano de 1850. De modo que la distinción entre la venta por parte del proletario de su trabajo al capitalista y la venta de su fuerza de trabajo, que es esencial a la teoría marxiana de la plusvalía y la explotación, todavía no había sido elaborada con claridad en el Manifiesto. Tampoco el Marx maduro sostendría la visión de que el precio de la mercancía trabajo fuera su costo de producción, es decir, el costo del mínimo fisiológico necesario para mantener vivo al obrero. En definitiva, Marx escribió el Manifiesto menos como un economista marxiano que como un comunista ricardiano.

No obstante, aunque Marx y Engels recordaban a los lectores que el Manifiesto era un documento histórico, que estaba anticuado en muchos aspectos, fomentaron y contribuye ron a la publicación del texto de 1848 con correcciones y clarificaciones relativamente insignificantes[10]. Reconocían que seguía siendo una exposición fundamental del análisis que distinguía su comunismo de todos los demás proyectos de creación de una sociedad mejor. En esencia este análisis era histórico. Su núcleo central era la demostración del desarrollo histórico de las sociedades y de forma específica, de la sociedad burguesa, que había reemplazado a sus predecesoras, había revolucionado el mundo y a su vez, había creado necesariamente las condiciones para su inevitable sustitución, A diferencia de la economía marxiana, la "concepción materialista de la historia" que subyace en este análisis, había encontrado ya su formulación madura a mediados de la década de 1840. En los últimos años permaneció sustancialmente inalterada[11]. En este aspecto, el Manifiesto era ya un documento que definía el marxismo. Expresaba la visión histórica, aunque su trazado general quedase todavía por completar en análisis más acabados.

III

¿Qué efecto tendrá el Manifiesto en el lector que acceda a él por primera vez en 1998? El nuevo lector difícilmente se podrá resistir a ser arrastrado por la convicción apasionada, la brevedad sintética, la fuerza intelectual y estilística, de este sorprendente panfleto. Parece que haya sido escrito en un único impulso creativo, en frases lapidarias que casi se transforman de forma natural en aforismos memorables que han llegado a ser conocidos mucho más allá del mundo del debate político: desde el principio, "Un fantasma recorre Europa: es el fantasma del comunismo", hasta el final, "Los proletarios no tienen nada que perder ... más que sus cadenas. Tienen un mundo que ganar".[12] De forma igualmente poco común en la literatura alemana del siglo XIX, está escrito en párrafos cortos, apodícticos, predominantemente de una a cinco líneas, sólo en cinco casos de entre más de doscientos son de quince o más líneas. Se mire como se mire, el Manifiesto comunista como retórica política tiene una fuerza casi bíblica. Es decir, no es posible negar su irresistible fuerza literaria[13].

No obstante, lo que también llama sin duda la atención del lector contemporáneo es el notable diagnóstico del Manifiesto acerca del carácter revolucionario y el impacto de la "sociedad burguesa". No se trata simplemente de que Marx reconociese y proclamase los logros extraordinarios y el dinamismo de una sociedad que él detestaba, para sorpresa de más de un defensor posterior del capitalismo contra la amenaza roja. Sino de que en el mundo transformado por el capitalismo que él describía en 1848, en pasajes de elocuencia sombría y lacónica, se reconoce el mundo en que vivimos 150 años después. Curiosamente, el optimismo nada realista, desde el punto de vista político, de dos revolucionarios de 28 y 30 años, ha demostrado ser la fuerza más duradera del Manifiesto. Porque aunque el "fantasma del comunismo" obsesionase ciertamente a los políticos y aunque Europa atravesara un importante período de crisis económica y social y fuera a estallar en la revolución continental más extendida de su historia, de ningún modo había fundamento para la creencia expresada en el Manifiesto de que el momento de derrumbe del capitalismo se estaba acercando ("la revolución burguesa alemana sólo puede ser el preludio inmediatamente anterior a una revolución proletaria"). Por el contrario. Como ahora sabemos, el capitalismo estaba preparado para su primera era de avance global triunfante.

Lo que da al Manifiesto su vigor son dos cosas. La primera es su visión, incluso en los comienzos de la marcha triunfal del capitalismo, de que este modo de producción no era permanente, estable, "el final de la historia", sino una fase temporal en la historia de la humanidad y que, como sus predecesores, estaba destinado a ser superado por otro tipo de sociedad (a menos que –la frase del Manifiesto apenas ha sido advertida– concluya "con la destrucción de las clases beligerantes"). La segunda es su reconocimiento de las tendencias históricas del desarrollo capitalista necesariamente a largo plazo. El potencial revolucionario de la economía capitalista era ya evidente; Marx y Engels no pretendían ser los únicos que lo reconocían. Desde la Revolución francesa algunas de las tendencias que ellos observaron estaban teniendo claramente un efecto sustancial: por ejemplo, la decadencia de "provincias independientes, apenas aliadas y con intereses, leyes, gobiernos y aranceles diferentes", ante los estados-nación" con un gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una línea aduanera". Sin embargo, hacia finales de la década de 1840, lo que la burguesía había logrado era mucho más modesto que los milagros que se le atribuían en el Manifiesto. Al fin y al cabo, en 1850 en el mundo no se producían más de 71.000 toneladas de acero (casi el 70 por 100 en Gran Bretaña) y se habían construido menos de 38.000 km de vías férreas (dos terceras partes de ellas en Gran Bretaña y los Estados Unidos de América). Los historiadores no han tenido dificultad en demostrar que, incluso en Gran

Bretaña, la Revolución industrial (un término utilizado explícitamente por Engels desde 1844 en adelante)[14] apenas había creado un país industrial, ni siquiera predominantemente urbano, antes de la década de 1850. Marx y Engels no describían el mundo tal como había sido ya transformado por el capitalismo en 1848, sino que predecían cómo estaba lógicamente destinado a ser transformado por él.

Hoy vivimos en un mundo en el que esta transformación se ha realizado en su mayor parte, aunque los lectores del Manifiesto en el tercer milenio del calendario occidental sin duda observarán que ha avanzado incluso más allá desde 1998. En algunos sentidos, hoy podemos incluso ver de forma más clara la fuerza de las predicciones del Manifiesto que las generaciones situadas entre nosotros y su publicación. Porque hasta la revolución en los transportes y las comunicaciones, a partir de la segunda guerra mundial, existían límites a la globalización de la producción, a "dar una conformación cosmopolita a la producción y al consumo en todos los países". Hasta la dé cada de 1970, la industrialización siguió estando preponderantemente confinada a sus regiones de origen. Algunas escuelas de marxistas podían incluso argumentar que el capitalismo, al menos en su forma imperialista, lejos de "obliga(r) a todas las naciones a apropiarse del modo de producción de la burguesía, si es que no quieren sucumbir", por naturaleza perpetuaba, o incluso creaba, "subdesarrollo" en el llamado Tercer Mundo. Mientras un tercio de la especie humana vivía en economías del tipo comunista soviético, parecía que el capitalismo nunca conseguiría obligar a todas las naciones a convertirse en burguesas. No "crea(ría) un mundo a su propia imagen y semejanza". Tampoco, antes de la década de 1960, el anuncio hecho por el Manifiesto de que el capitalismo llevaba consigo la destrucción de la familia parecía haber sido verificado, ni siquiera en los países occidentales avanzados donde hoy más o menos la mitad de los hijos nacen de madres solas y son criados por ellas, y la mitad de los hogares en las grandes ciudades son unipersonales. Para acabar, lo que en 1848 pudo sorprender a un lector no comprometido como retórica revolucionaria o, como mucho, como predicción verosímil, hoy se puede leer como una caracterización concisa del capitalismo a finales del siglo XX. ¿De qué otro documento de la década de 1840 se puede decir lo mismo?

IV

No obstante, si a finales del milenio debemos sorprendernos por la agudeza de la visión que el Manifiesto daba del entonces remoto futuro de un capitalismo masivamente globalizado, el fracaso de otra de sus previsiones es igualmente sorprendente. Hoy es evidente que la burguesía no ha producido "ante todo, sus propios sepultureros" en el proletariado. "Su hundimiento y el triunfo del proletariado" no se han demostrado "igualmente inevitables". El contraste entre las dos mitades del análisis hecho en el Manifiesto en su sección titulada Burgueses y proletarios reclama más explicación después de 150 años que en el momento de su centenario.

El problema no reside en la visión de Marx y Engels de un capitalismo que transformaba necesariamente a la mayor parte de la población que ganaba su sustento en esa economía en hombres y mujeres que dependen para su subsistencia de alquilarse a cambio de jornales o salarios. Sin duda la tendencia ha sido esa, aunque hoy en día los ingresos de algunos de los que técnicamente son empleados contratados a cambio de un salario, como los ejecutivos de las grandes empresas, difícilmente se pueden contar como proletarios. Ni tampoco reside esencialmente en su creencia de que la mayor parte de esa población trabajadora consistiría en una fuerza de trabajo industrial. Aunque Gran Bretaña siguió siendo completamente excepcional como un país en que los obreros manuales asalariados constituían la mayor parte de la población, el desarrollo de la producción industrial exigió una entrada masiva y creciente de trabajo manual durante mucho más

de un siglo después del Manifiesto. Es incuestionable que este ya no es el caso en la producción moderna de capital intensivo y alta tecnología, un desarrollo que no se tomó en consideración en el Manifiesto, aunque de hecho en sus estudios económicos más maduros el mismo Marx concibiera el posible desarrollo de una economía que prescindiera progresivamente del trabajo, al menos en una era poscapitalista[15]. Incluso en las viejas economías industriales del capitalismo, el porcentaje de gente empleada en la industria manufacturera se mantuvo estable hasta la década de 1970, excepto en los Estados Unidos, donde el declive se inició un poco antes. Desde luego, con muy pocas excepciones, como las de Gran Bretaña, Bélgica y los Estados Unidos, en 1970 los trabajadores industriales probablemente constituían una proporción mayor del total de población ocupada en el mundo industrial y en vías de industrialización, que en cualquier momento anterior.

Sea como sea, el derrocamiento del capitalismo previsto por el Manifiesto no residía en la transformación previa de la mayoría de la población ocupada en proletarios, sino en la asunción de que la situación del proletariado en la economía capitalista era tal que, una vez organizado como un movimiento de clase necesariamente político, podía encabezar y aglutinar el descontento de otras clases y así adquirir poder político como “el movimiento independiente de una ingente mayoría” en interés de esa ingente mayoría. De este modo el proletariado llegaría a “elevarse a clase nacional ... constituirse a sí mismo en cuanto nación”[16].

Puesto que el capitalismo no ha sido derrocado estamos en condiciones de desechar esta predicción. Sin embargo, por muy improbable que pareciera en 1848, la política de la mayor parte de los países capitalistas europeos iba a ser transformada por el ascenso de los movimientos políticos organizados que se basaban en la conciencia de clase proletaria y que apenas habían hecho su aparición fuera de Gran Bretaña. Los partidos socialistas y obreristas emergieron en muchas zonas del mundo “desarrollado” en la década de 1880. Llegaron a ser partidos de masas en los estados con derecho democrático al voto que ellos mismos habían contribuido en tan gran medida a conseguir. Durante la primera guerra mundial y después de ella, mientras una rama de los “partidos proletarios” siguió el camino revolucionario de los bolcheviques, otra rama se convirtió en el pilar que sustentaba un capitalismo democratiza do. La rama bolchevique ya no tiene una gran significación en Europa, o bien los partidos de este tipo se han asimilado a la socialdemocracia. La socialdemocracia, tal como se entendía en tiempos de Bebel e incluso de Clement Attlee, está luchan do en retaguardia en la década de los noventa. Sin embargo, mientras escribo esto (1997), los descendientes de los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional, algunas veces bajo sus nombres originales, son los partidos de gobierno en todos los estados europeos excepto dos (España y Alemania) y en ambos han gobernado en el pasado y es probable que lo vuelvan a hacer.

En definitiva, lo que está equivocado no es la predicción del Manifiesto acerca del papel central de los movimientos políticos basados en la clase obrera (y que todavía llevan explícitamente el nombre de clase, como los partidos laboristas británico, holandés, noruego y de Australasia). Es la proposición de que “de todas las clases que enfrentan hoy en día a la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria”, cuyo destino inevitable, implícito en la naturaleza y el desarrollo del capitalismo, es derrocar a la burguesía: “Su hundimiento y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables”.

Incluso en los famosos “hambrientos años cuarenta”, el mecanismo que debía asegurar este hecho, a saber, la caída inevitable de los trabajadores en la indigencia[17], no era totalmente convincente; a menos que se supusiera, lo cual incluso entonces no era creíble, que el capitalismo se encontraba en su crisis final y a punto de

ser derrocado inmediatamente. Se trataba de un mecanismo doble. Sumado al efecto del aumento de la indigencia sobre el movimiento obrero, demostraba que la burguesía era "incapaz de dominar porque es incapaz de asegurar a sus esclavos la existencia inclusive dentro de su esclavitud, porque está obligada a dejarlos que se suman en una situación en la cual debe alimentarlos en lugar de ser alimentada por ellos". Lejos de proporcionar el beneficio que alimentada la máquina del capitalismo, el trabajo lo drenaba. Pero, dado el enorme potencial económico del capitalismo que tan enfáticamente se exponía en el mismo Manifiesto, ¿por qué era inevitable que el capitalismo no pudiese proveer subsistencia, por muy miserable que fuera, a la mayor parte de su clase obrera, o, dicho de otro modo, que no pudiese proporcionar un sistema de bienestar? ¿Era inevitable que "la indigencia [en sentido estricto, véase la nota 17] se desarrolla (ra) aún con mayor celeridad que la población y la riqueza"?[18] Si el capitalismo tenía una larga vida ante él—como fue evidente muy poco después de 1848—, esto no tenía que ocurrir. Y de hecho, no ocurrió.

La visión del desarrollo histórico de la sociedad burguesa que daba el Manifiesto, incluida la clase obrera que ésta generaba, no conducía necesariamente a la conclusión de que el proletariado derrocaría al capitalismo y, al hacerlo, abriría el camino hacia el desarrollo del comunismo, porque la visión y la conclusión no derivaban del mismo análisis. La meta del comunismo, adoptada antes de que Marx fuera marxista, no se derivaba del análisis de la naturaleza y el desarrollo del capitalismo, sino de un argumento filosófico, en realidad escatológico, acerca de la naturaleza humana y su destino. La idea fundamental para Marx desde aquel momento de que el proletariado era una clase que no se podía liberar a ella misma sin liberar de ese modo a toda la sociedad, aparece primero como "una deducción filosófica más que como un producto de la observación"[19]. Como señaló George Lichtheim: el proletariado hace su primera aparición en los escritos de Marx como la fuerza social que se necesita para realizar las metas de la filosofía germana tal como lo veía Marx en 1843-1844.[20]

La "posibilidad positiva de la emancipación alemana", escribió en la Introducción a la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, reside "en la formación de una clase con cadenas radicales ... una clase que es la disolución de todas las clases, una esfera de la sociedad que tiene un carácter universal porque sus sufrimientos son universales y que no demanda un bien particular porque el mal que se ha cometido contra ella no es un mal particular, sino mal como tal ... Esta disolución de la sociedad como una clase particular es el Proletariado ... La emancipación alemana es la emancipación del ser humano. La filosofía es la cabeza de esta emancipación y el proletariado es su corazón. La filosofía no se puede realizar sin abolir el proletariado y el proletariado no se puede abolir sin que la filosofía se haya hecho realidad".[21]

En aquel momento, Marx sabía poco más del proletariado que lo siguiente: "se está formando en Alemania sólo como resultado del avance del desarrollo industrial" y este era precisamente su potencial como fuerza liberadora, puesto que, a diferencia de las masas pobres de la sociedad tradicional, era el hijo de una disolución drástica de la sociedad y por consiguiente, con su existencia "proclama (ba) la disolución del orden mundial existente hasta ahora". Todavía sabía menos acerca de los movimientos de trabajadores, aunque poseía un gran conocimiento sobre la historia de la Revolución francesa. En Engels encontró un compañero que aportó a la asociación el concepto de "Revolución industrial", una forma de comprender la dinámica de la economía capitalista tal y como existía realmente en Gran Bretaña y los rudimentos de un análisis económico[22]. Ambos le conducían a predecir una revolución social futura que debería realizar una clase obrera real, acerca de la cual, al vivir y trabajar en Gran Bretaña a principios de la década de 1840, sabía mucho. Las aproximaciones de Marx y de

Engels al "proletariado" y al comunismo se complementaban mutuamente. Lo mismo ocurría con su concepción de la lucha de clases como motor de la historia. En el caso de Marx derivaba ampliamente del estudio del período revolucionario francés, en el de Engels de la experiencia de los movimientos sociales en la Gran Bretaña posnapoleónica. No es sorprendente que estuviesen (en palabras de Engels) "de acuerdo en todos los terrenos teóricos"[23]. Engels proporcionó a Marx los elementos de un modelo que demostraba la naturaleza fluctuante y propensa a la desestabilización de las operaciones de la economía capitalista, en particular los esbozos de una teoría de las crisis económicas[24] y material empírico acerca del ascenso del movimiento de la clase obrera británica y el papel revolucionario que podía desempeñar en Gran Bretaña.

En la década de 1840 no era inverosímil la conclusión de que la sociedad estaba al borde de la revolución. Tampoco lo era la predicción de que la clase obrera, por inmadura que fuera, la dirigiría. Después de todo, al cabo de pocas semanas de la publicación del Manifiesto un movimiento de los obreros de París derrocó a la monarquía francesa y dio la señal para la revolución a media Europa. Sin embargo, la tendencia a generar un proletariado esencialmente revolucionario, por parte del desarrollo capitalista, no se podía deducir del análisis de la naturaleza del desarrollo capitalista. Era una consecuencia posible de ese desarrollo, pero no se podía demostrar que era la única posible. Todavía menos se podía demostrar que el hecho de que el proletariado derrocara con éxito al capitalismo debía abrir necesariamente el camino al desarrollo del comunismo. (El Manifiesto sólo afirma que entonces se iniciaría un proceso de cambio muy gradual.)[25] La visión de Marx de un proletariado cuya misma esencia le destinaba a emancipar a toda la humanidad y a acabar con la sociedad de clase por medio de su derrocamiento del capitalismo, representa una esperanza que se lee en su análisis del capitalismo, pero no una conclusión que este análisis imponga de forma necesaria.

Lo que se puede desprender sin duda del análisis del capitalismo hecho en el Manifiesto, en especial cuando Marx amplía su análisis, sobre la concentración económica y que apenas está insinuado en 1848, es una conclusión más general y menos específica acerca de las fuerzas autodestructivas que se generan en el desarrollo capitalista. Llegar a un punto y en 1998 no sólo los marxistas aceptarán esto –en que "las relaciones burguesas de producción y cambio, las relaciones burguesas de propiedad, la sociedad burguesa moderna, que ha producido, como por arte de magia, medios de producción y cambio tan ingentes, se asemeja al hechicero que ya no logra dominar las fuerzas subterráneas que ha conjurado ... Las delaciones burguesas se han tornado demasiado estrechas como para abarcar la riqueza por ellas engendrada".

No es irrazonable concluir que las "contradicciones" inherentes a un sistema de mercado basado en "ningún otro vínculo que el interés desnudo, que el insensible 'pago al contado', un sistema de explotación y de acumulación sin fin", nunca pueden ser superadas; que en un punto determinado en una serie de transformaciones y reestructuraciones, el desarrollo de este sistema que tiende esencialmente a desestabilizarse, conducir a un estado de cosas que no pueda ser ya descrito como capitalismo. 0, para citar al último Marx, cuando" la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el cual hacen incompatibles con su cobertura capitalista"[26] y esta "cobertura estalla en pedazos". No importa qué nombre se le dé al estado de cosas subsiguiente. No obstante –como demuestran los efectos de la explosión económica mundial en el medio ambiente mundial–, deberá marcar un giro drástico de la apropiación privada a la gestión social a escala global.

Es muy improbable que esta sociedad poscapitalista se corresponda con los modelos tradicionales de socialismo y todavía menos con el socialismo "realmente existente" de la era

soviética. Las formas que pueda tomar y hasta qué punto encarnará los valores humanistas del comunismo de Marx y Engels, dependerá de la acción política por medio de la cual llegue este cambio. Porque esto, como sostiene el Manifiesto, es determinante para la configuración del cambio histórico.

V

En la visión marxiana, como sea que describamos aquel movimiento histórico en el que "la cobertura estalla en pedazos", la política será un elemento fundamental. El Manifiesto se ha leído principalmente como un documento que describe un proceso histórico inevitable y desde luego su fuerza derivó sobre todo de la confianza que proporcionaba a sus lectores acerca de que el capitalismo estaba destinado de forma inevitable a ser enterrado por sus sepultureros y de que ni entonces ni en ninguna época anterior de la historia, se habían dado las condiciones para la emancipación. Con todo, contrariamente a las presunciones más extendidas, puesto que admite que el cambio histórico tiene lugar por medio de los hombres que hacen su propia historia, no es un documento determinista. Las tumbas deben ser cavadas por la acción humana o a través de ella.

Ciertamente es posible hacer una lectura determinista del argumento. Se ha sugerido que Engels tendía a ella de forma más natural que Marx, lo que tuvo importantes consecuencias para el desarrollo de la teoría y el movimiento obrero marxistas después de la muerte de Marx. De todos modos, aunque los propios esbozos preliminares de Engels se han citado como pruebas[27], de hecho no se puede leer en el Manifiesto mismo. Cuando deja el terreno del análisis histórico y se adentra en el presente, es un documento de opciones, de posibilidades políticas más que de probabilidades y no digamos de certezas. Entre "ahora" y el momento, imposible de predecir, en que "en el curso de la evolución" habría "una asociación en la cual el libre desarrollo de cada cual será la condición para el libre desarrollo de todos", se encuentra el reino de la acción política.

El cambio histórico a través de la práctica social, a través de la acción colectiva, está en el corazón del Manifiesto: contempla el desarrollo del proletariado como la "organización de los proletarios en una clase y con ello en un partido político". La "elevación del proletariado a clase dominante" ("la conquista de la democracia") es "el primer paso de la revolución obrera" y el futuro de la sociedad depende de las posteriores actuaciones políticas del nuevo régimen (cómo el proletariado utilizará su hegemonía política). El compromiso con la política es lo que, históricamente, distinguió al socialismo marxista de los anarquistas y de los sucesores de aquellos socialistas cuyo rechazo de toda acción política condena explícitamente el Manifiesto. Incluso antes de Lenin, la teoría marxiana no sólo trataba acerca de "lo que nos dice la historia que ocurrirá", sino también acerca de "lo que se debe hacer". Es verdad que la experiencia soviética del siglo XX nos ha enseñado que quizás sea mejor no hacer lo que se debe en condiciones históricas que prácticamente hacen el éxito imposible. Pero esta lección se podría haber aprendido tomando en consideración las aplicaciones del Manifiesto comunista.

Para acabar, el Manifiesto —y esta no es la menor de sus extraordinarias cualidades— es un documento que preveía el fracaso. Manifestaba la esperanza de que el resultado del desarrollo capitalista fuera "una transformación revolucionaria de toda la sociedad", pero, como ya hemos visto, no excluía la alternativa: "destrucción de las clases beligerantes". Muchos años más tarde otro marxiano volvió a formular esta idea como la elección entre socialismo y barbarie. Cuál de los dos prevalecerá es una pregunta que el siglo XXI debe responder. XXI

NOTAS

(*) El Manifiesto se tradujo por primera vez en España en noviembre-diciembre de 1872, en el semanario madrileño La Emancipación. El autor de la traducción era José Mesa, que decidió omitir el pasaje sobre el «El socialismo alemán o "verdadero"», por considerarlo de interés local y superado por el tiempo. Esta traducción se reprodujo en El Obrero, de Barcelona, en 1882 y en 1886 lo fue en el semanario El Socialista, a la vez que se publicaba por primera vez como un folleto de 32 páginas en Madrid. La primera edición que apareció en América Latina fue, al parecer, la que se hizo en El Socialista de México en 1888. (N. de l e.)

1 Sólo se han descubierto dos materiales de este tipo: un esquema para la sección 111 y el borrador de una página (véanse pp. 151-152 y lámina 2). Karl Marx y Friedrich Engels, Collected Works, vol. 6, pp, 576-577.

2 Durante la vida de los fundadores hubo: l) Prefacio a la (segunda) edición alemana, 1872; 2) Prefacio a la (segunda) edición rusa, 1882. La primera traducción rusa, hecha por Bakunin, había aparecido en 1869, se entiende que sin la bendición de Marx y Engels; 3) Prefacio a la (tercera) edición alemana, 1883; 4) Prefacio a la edición inglesa, 1888; 5) Prefacio a la (cuarta) edición alemana, 1890; 6) Prefacio a la edición polaca, 1892; y 7) Prefacio Al lector italiano, 1893 (reproducidos todos ellos en esta edición; véanse pp. 121-150).

3 Paolo Favilli, Storia del marxismo italiano. Dalle origini alla grande guerra, Milán, 1996, pp. 252-254.

4 Me baso en las cifras del inestimable Bert Andréas, Le Manifeste Comuniste de Marx et Engels. Histoire et bibliographie, 1848-1918, Milán, 1963.

5 Datos procedentes de los informes anuales de las SPD Parteitage. No obstante, no se dan datos numéricos acerca de las publicaciones teóricas para los años 1899 y 1900

6 Robert R. LaMonte, The New lntelectuals, New Review, II (1914), citado en Paul Buhle, Marxism in the USA: From 1870 to the present day, Londres, 1987, p. 56.

7 Hal Draper, The Annotated Communist Manifesto, Center for Socialist History, Berkeley, CA, 1984, ISBN 0-916695-01-8, p. 64.

8 El original alemán empieza esta sección discutiendo das Vërhaltniss der Kommunisten zu den bereits konstituierten Arbeiterparteien ... also den Chartisten, etc. La traducción inglesa oficial de 1887, revisada por Engels, atenuaba el contraste.

9 Los comunistas no son un partido aparte, frente a los demás partidos obreros ... No establecen principios especiales según los cuales pretendan moldear el movimiento proletario (sección II).

10 La más conocida de ellas, que Lenin destacó, fue la observación, en el prefacio de 1872, de que la Comuna de París había demostrado que la clase obrera no puede tomar simplemente posesión de la máquina estatal ya acabada y ponerla en movimiento para sus propios fines. Después de la muerte de Marx, Engels añadió la nota a pie de página que modifica la primera frase de la sección 1 para excluir a las sociedades prehistóricas del campo de aplicación de la lucha de clases. Sin embargo, ni Marx ni Engels se tomaron la molestia de comentar o modificar los pasajes económicos del documento. Se puede dudar de que Marx y Engels tomaran realmente en consideración una Umarbeitung oder Erganzung más completa del Manifiesto (prefacio a la edición alemana de 1883), pero no de que la muerte de Marx hizo imposible tal reescritura.

11 Comparemos el pasaje de la sección II del Manifiesto ("¿Se requiere una comprensión profunda para entender que, con las condiciones de vida de los hombres, con sus relaciones sociales, con su existencia social, se modifican asimismo sus ideas, puntos de vista y conceptos, en una palabra, su conciencia?") con el pasaje correspondiente del Prefacio a la Crítica de la economía política ("No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que

determina su conciencia.")

12 Aunque esta es la versión inglesa aprobada por Engels, no es una traducción del texto original correcta en sentido estricto: Mögen die herrschenden Klassen vor einer kommitinistischen Revolution zittern. Die Proletatier haben nicht in ibr ("en ella", o sea," en la revolución"; la cursiva es mía) zu verlieren als ihre Ketten." [En la versión de las OME la frase se corresponde por completo con el texto original. (N. de la t.)]

13 Para un análisis estilístico, véase S. S. Prawer, Karl Marx and World Literature, Oxford, Nueva York y Melbourne, 1978, pp. 148-149. Las traducciones del Manifiesto que conozco no tienen la fuerza literaria del texto alemán original.

14 En Die Lage Englands. Das l8. Jahrhundert, MarxEngels, Werke, I, pp. 566-568.

15 Véase, por ejemplo, la discusión acerca de (Capital fijo y el desarrollo de los recursos productivos de la sociedad en los manuscritos de 1857 -1858, Coll. Works, vol. 29, Londres, 1987, pp. 80-99.

16 La frase en alemán "sich zur nationalen Klasse erheben" tenía con notaciones hegelianas que la traducción inglesa autorizada por Engels modificó, presumiblemente porque pensaba que no sería entendida por los lectores de la década de 1880. [En la edición inglesa de 1888 figura: elevarse a clase dirigente de la nación. (N. de la t.)]

17 Pauperism no se debe leer como un sinónimo de poverty. Las palabras alemanas tomadas del uso inglés son Pauper (persona indigente ... que recibe caridad o algún tipo de provisión pública, Chambers' Twentieth Century Dictionary) y Pauperismus (pauperism: situación de ser pauper, ibid). [La palabra utilizada por Hobsbawm es pauperisation, que he traducido por caída en la indigencia. (N. de la t.)]

18 Paradójicamente, hoy los capitalistas y los gobiernos que defienden el libre mercado utilizan algo parecido al argumento marxiano de 1848 para demostrar que las economías o los estados cuyo PNB se sigue doblando cada pocas décadas irán a la bancarrota si no acaban con los sistemas de redistribución de la renta (estados del bienestar, etc.), que se establecieron en épocas de menor riqueza, por medio de los cuales aquellos que tienen ingresos mantienen a aquellos que no pueden tenerlos.

19 Leszek Kolakowski, Main Currents of Marxism, vol. 1, The Founders, Oxford, 1978, p. 130.

20 George Lichtheim, Marxism, Londres, 1964, p. 45.

21 Karl Marx y Friedrich Engels, Coll. Works, vol. 3, pp. 185-187. En este pasaje he preferido en general la traducción de Lichtheim, loc. cit. La palabra alemana que él ha traducido como clase es Stand, que hoy es errónea.

22 Publicado como Outlines of a Critique of Political Economy en 1844, Coll. Works, vol. 3, pp. 418-443.

23 On the History of the Communist League, Coll. Works, vol. 26, Londres, 1990, p. 318.

24 Outlines of a Critique, Coll. Works, vol. 3, pp. 433 ss. Parece que procedía de los escritores radicales británicos, en particular de John Wade, History of tbe Middle and Working Classes, Londres, 1835, a quien Engels hace referencia en este aspecto.

25 Esto queda incluso claro en las formulaciones de Engels en lo que son, realmente, dos borradores anteriores al Manifiesto, Draft of a Communist Confession of Faith, Coll. Works, vol. 6, p. 102, y Principles of Communism, ibid., p. 350 (Principios del comunismo, en OME, 9, pp. 12 l).

26 De Historical Tendency of Capitalist Accumulation, en Capital, vol. I, Coll.

Works, vol. 35, p. 750 (trad. cast. en El capital, libro primero, vol. 2, OME, 41, Crítica, Barcelona, 1978, p. 409).

27 George Lichtheim, Marxism, pp. 58-60.